

Grupo de danza “Ollín”

Integración y diversidad desde la expresión artística

Adriana Delgado

Morelia, México.

adrydelgado61@yahoo.com.mx

clinicagandhi@yahoo.com.mx

En 1994 inicié el proyecto “Integración de la persona con deficiencia mental a la danza”, utilizando dos métodos que fueron los ejes del trabajo: el método Feldenkrais y la teoría de reevaluación y co-escucha, además de aplicar mi experiencia como bailarina profesional. Posteriormente constituimos el grupo de danza Ollín, en el que participaron también otras tres bailarinas profesionales y cinco muchachos de 12 a 17 años con diverso tipo y grado de discapacidad intelectual. De esta manera logramos integrar diversas realidades y experiencias de vida desde el reconocimiento individual y grupal. La dirección y coreografía del trabajo estuvo bajo mi responsabilidad.

En un principio las madres de los muchachos tenían ciertas dudas en el proyecto porque consideraban que sus hijos no tenían las capacidades para lograr lo que yo me proponía: hacer danza profesional con ellos y con las bailarinas. Algunas reportaban que sus hijos tenían serios problemas de conducta, adaptación y comunicación, sin embargo los llevaban con entusiasmo a las prácticas. Consideraban que el esfuerzo de llevarlos tres veces por semana valía la pena, pues las oportunidades de desarrollo artístico para jóvenes con discapacidad mental en México eran casi inexistentes.

Nuestra primera presentación al público fue en el teatro Helénico de la ciudad de México, ante un auditorio lleno que, conmovido, aplaudió de pie al terminar la función. Algunos espectadores comentaron: “no lloro de tristeza, lloro porque [la obra] me enfrentó a mi mismo: ¿qué estoy haciendo con mi vida, con mi cuerpo, con mis posibilidades, si estas personas pueden lograr cosas increíbles con tanta entrega, precisión y belleza?”

Posteriormente el Centro Nacional de las Artes nos contrató para presentar nuestro trabajo en un encuentro de danza contemporánea en Mexicali, al norte del país. También nos presentamos en un encuentro internacional en El Salvador y posteriormente conseguimos una beca para la producción de *Painai*, una obra coreográfica con duración de una hora con la cual hicimos una gira por el interior del país y representamos a México en la Conferencia Internacional de Danza para la Infancia y la Juventud (DACI), que se llevó a cabo en Finlandia.

A todos los viajes que realizamos íbamos sin familiares ni asistentes, como cualquier grupo profesional de danza.

Diez años permanecemos juntos, cosa rara en los grupos de danza.

Logramos que todas las funciones fueran pagadas como cualquier grupo profesional y repartíamos el dinero entre todos los integrantes.

Nunca tuvimos problemas, trabajamos en equipo y nos cuidábamos unos a otros.

En los diez años que estuvimos juntos los jóvenes que formaron parte del grupo desarrollaron su autoestima y confianza en ellos mismos, así como su autonomía. Un ejemplo de ello es Paco, a quien su mamá llevaba a las prácticas tres veces por semana, además de la escuela especial a la que iba todas las mañanas. Un día su mamá le dijo que tendría que elegir entre la clase de danza y la escuela, pues ella no lo podía estar llevando a los dos lugares. Paco no podía decidirse; su mamá le dio una fecha como límite para que decidiera qué actividad dejar, y ese día, como otros, él se adelantó a la parada del colectivo pero cuando su mamá llegó él ya no estaba. Angustiada, fue a la escuela especial, pero él no estaba allí; telefoneó a la escuela de danza y ahí lo encontró. Tenía una hora de haber llegado. La mamá de Paco estaba muy emocionada porque su hijo había sido capaz de hacer el viaje solo. A partir de ese día él empezó a moverse en metro y colectivos a muchos lugares, entre ellos las dos escuelas. Cuando le preguntábamos “¿cómo le haces para saber en dónde transbordar o qué camión tomar si no sabes leer?” Él sólo se reía y decía “así nomás”.

Lo que vemos en este ejemplo es que Paco tomó varias decisiones: seguir con la danza y con la escuela, emanciparse de su mamá para ir y venir, y asumir los riesgos que todos corremos en la ciudad de México. Por supuesto que hubo incidentes: una vez se quedó encerrado en un vagón del metro; otra vez lo mordió un perro en la calle, pero nada impidió que siguiera bailando. Esto representó un gran aprendizaje también para su mamá, quien aprendió a respetar sus decisiones en cuanto a la ropa que usaba, el corte de pelo o si un día no quería rasurarse.

A Paco le siguió Aldo, quien dejó de babear y mover la lengua para todos lados. Aunque vivían en lugares muy separados siempre iban juntos a tomar el metro y llegaban puntuales a todas las funciones y ensayos. Aldo controló su feroz manera de comer y desarrolló unos músculos muy bien definidos.

Jonatan buscó otros horizontes en el teatro, realizó varias audiciones y se inscribió en una escuela de teatro comercial. Cuando me visitaba me comentaba que en esas escuelas no trabajaban con relajación, que había mucha competencia entre sus compañeros y que extrañaba a nuestro grupo. Lo último que supe es que planeaba poner un gimnasio de físico culturismo, que era su otra pasión, lo conocía bien y tenía mucha disciplina para practicarle.

Actualmente (mayo, 2006) estoy integrando un nuevo grupo en la ciudad de Morelia, México. Con base en la experiencia del grupo Ollín tengo pensado involucrar más a la familia para que todos crezcan juntos; especialmente daré más apoyo a las mamás para disminuir su ansiedad y su miedo, y para que puedan confiar en ellas mismas y en sus hijos.